



LA PUREZA DEL AMOR

Con amor infinito, perpetuo, eterno os ha amado Dios; conocéis las pruebas de esto, ya las visteis, y la deducción es que debéis amarle con todo vuestro poder.

La primera condición de este amor consiste en ser puras y no ofenderle. Es necesario llegar á amar á Dios lo suficiente para evitar sin vacilación todo lo que le desagrada; de modo que si carecéis de esta delicadeza, no amáis: tal es el principio y la esencial condición. Si queréis amarle perfectamente, daos á Él, así como subiréis el último peldaño del amor, haciendo entrega de vuestra personalidad, renunciando por amor de Dios á todo cuanto sois y tenéis, sin reservaros nada, ni guardar nada para vosotras, ni teniéndoos en consideración en cosa alguna. Esto es darse á Dios por Dios; no deseéis más honor que el servirle, ni otro consuelo que amarle. Rechazad todo cuanto se os quisiera dar por vosotras mismas considerándoos como centro, y remitidlo todo á nuestro Señor; en esto habéis de ejercitaros sin cesar, y en rendir gloria á Dios por todo vuestro ser.

Mediante el don de vuestra personalidad hacéis un cambio: ponéis la persona de Jesucristo en lugar de la vuestra, y sois tan sólo órganos y miembros suyos.

Como así os habéis dado á él, habéis dejado de perteneceros; ¡oh! no os recobréis nuevamente en cuanto al honor, consuelo, estimación, afecto y amor propio; aunque para esto necesitáis considerable gracia de humildad, teniendo gran acopio de esta virtud. ¿Qué es la humildad sino una participación en el estado de nuestro Señor que va de continuo dándose y, por lo mismo, humillándose y anonadándose? Por consiguiente, todo lo humilde es vida de nuestro Señor en vosotras, y todo lo que de humillante y anonadador os acontece no es sino un pequeño reflejo de lo que ha sufrido nuestro Señor. Si las criaturas y Dios mismo intervienen en esto y se encarniza todo contra vosotras, ¡oh qué señalado favor! Entonces comienza el Padre celestial á trataros como á su divino Hijo; dadle gracias por ello, porque es una merced; va Dios á ver si le amáis, ya que la humillación es la vida del amor divino.

Por lo tanto, hay necesidad de ser muy humilde de corazón, de mente, de cuerpo y de vida; este es el único medio de demostrar verdaderamente vuestro amor á nuestro Señor; esto forma su vida peculiar: supuesto que está en vosotras, dejadle que viva su propia vida, que es de humillación y anonadamiento.

Hoy vengo á pedir os todavía algo más: el ser puras y humildes es mucho, pero hace falta algo que os dé fortaleza y virilidad, y es la fortaleza y virilidad del amor de nuestro Señor Jesucristo. El amor

es la misma fortaleza; es más fuerte que la muerte.

Ahora bien; pide el amor que, fuera de nuestro Señor, no tengamos complacencia alguna: Jesucristo es la última palabra del amor, su centro, su elemento, su único principio y fin supremo; si cual merece le amamos, es preciso que fuera de Él en nada hallemos gusto. Esto, aunque parece muy fácil, es lo más trabajoso, como que es la misma perfección, porque es el amor en acción.

¿Queréis, por consiguiente, no tener agrado alguno fuera de nuestro Señor, Dueño vuestro? No tengáis ningún secreto egoísta. ¿Cómo habíais de ser capaces de cometer una infidelidad ó indelicadeza en presencia de Él! Así ocurre en el orden natural: cuando se quieren mucho dos amigos, ninguno de ellos hace una invitación sin hacerla extensiva á su amigo; un niño de buenos sentimientos jamás recibe cosa alguna sin que vaya corriendo á llevársela á su madre; no puede una esposa recibir un obsequio, ni siquiera un cumplido, si no lo divide con su esposo; lo contrario sería insultarle. En una palabra, cuando se ama, la primera idea que se tiene es la de repartir, dar participación en cuanto se tiene y en todo lo bueno y bello que se experimenta.

Ahora bien, os pregunto: si amáis á nuestro Señor, si éste es la ley de vuestro corazón y de vuestra vida, ¿podríais sin Él gustar de nada? ¿Podríais aceptar un placer, una flor de amor, de honra, ó de estimación y no ofrecérsela? — ¡Imposible! ¿No es cierto que deseáis amarle con toda sinceridad? Pues bien, haceos perfectamente cargo de esto: nunca aceptéis goce alguno, cualquiera que sea su índole, sin nuestro Señor; renunciad á todo placer de que Él no participe, pues esto, que al parecer no excede de

los límites de la justicia y del decoro, también pertenece á la más elevada perfección.

Aquí tenéis la aplicación de este principio. Dice nuestro Señor al alma que le ama: Dame tu corazón, es decir, todo tu afecto, todo tu amor. La Esposa de los Cantares decía: «Mi Amado es todo para mí y yo soy toda de mi amado»; pues no se trata únicamente del alma y del cuerpo, sino de todo pensamiento y de todo afecto. Igual que los Apóstoles, es menester perseverar en todo con nuestro Señor.

Si de nada queréis gozar aparte de nuestro Señor, poquísimos y muy leves pecados cometeréis; pues podrán entre éstos figurar faltas por descuido, flaqueza ó negligencia, pero donde no hay gusto, reposo del corazón, de la mente ó de los sentidos, no existe gran malicia, pues lo que forma la malicia y gravedad del pecado es el goce que en él se encuentra, supuesto que en tal caso ha colocado uno su dicha y su fin fuera de Dios.

Así es que, en el orgullo, lo que se busca es la complacencia de la mente; en sí mismo descansa el orgulloso, y en esta opinión: ¡me honran! El voluptuoso halla su goce de corazón ó de los sentidos en las muestras reciprocas de amor, en las cuales reposa y disfruta; lo cual origina la malicia de estos pecados y de todos los demás, así como también lo que se castiga y quema en el infierno y en el purgatorio es la complacencia, el goce que se quiso obtener de aquellos pecados, con menosprecio del fin supremo, que es Dios.

Por consiguiente, si fuera de nuestro Señor nada queréis gozar, seréis muy puras; huiréis de esos gustos personales creados por las simpatías naturales; estaréis alerta contra la sensualidad del cora-

zón, que no es más que el consentimiento en el goce del corazón en las cosas naturales y sensibles, ó, en otros términos, en la criatura.

De igual modo seréis muy humildes si renunciáis á todo contento fuera de nuestro Señor, porque el fondo del orgullo no es sino el contentamiento de la mente, su complacencia en su propia estima ó en la estimación de los demás.

Velad también con objeto de no recibir ningún placer sensual, pues como la parte sensual de la naturaleza humana busca en vosotras su satisfacción siempre, hay que rechazar toda tentación que á tal punto nos conduzca; es menester estar muy prevenidas para evitar cuanto tienda á convertirse en goce malo ó imperfecto y todo lo que pueda convertirse en tentación; todo esto es preciso quitarlo de la vista y estar en guardia aun en las cosas más legítimas y necesarias para la vida, contra toda idea y todo goce animal. — Así, por ejemplo, en la comida hay el riesgo de satisfacer la sensualidad y el gusto más que la necesidad de sustentarse; hay que tomar lo necesario para obedecer á Dios, y no es posible el dejar de sentir el sabor de los manjares, pues Dios mismo ha ordenado que tengan su sabor para que ayuden á ese acto animal, pero es preciso evitar el detenerse en él y complacerse, ó á lo menos hay que reprimir ese placer por la mortificación de sobriedad, pues si no se respetan los límites de ésta y se deja que el gusto se satisfaga, existe ya el pecado de gula. — Lo mismo pasa con los ojos, el oído y todos los sentidos. ¡Son tantos los pecados de sensualidad que se cometen satisfaciéndose en las cosas sensibles!

No obstante, cuidad de que vuestro temor no sea

exagerado, pues nada detiene al alma ni la aprisiona tanto como el permanecer continuamente en el miedo: sed delicadas, pero no escrupulosas. Marchad sencilla y francamente; no os encadenéis con perpetuo miedo, con el pretexto de que puede ocurrir la tentación; basta con que seáis delicadas y vigilantes para rechazarla al punto que se presente.

Almas hay sobrado flojas y lentas que dejan á la tentación que pase hasta sus corazones, y luego se lamentan. ¡Ah! Eso os acontece porque no fuisteis solícitas ni delicadas ¿cómo es que no notasteis que se acercaba la tentación? Y si la visteis llegar, ¿por qué no la arrojasteis en seguida? ¿Porque no era muy importante? — ¡Mucha fué vuestra imprudencia! ¿Dejasteis mucho tiempo la chispa sobre vuestra mano, ¿y ahora os quejáis por haberos quemado? ¡En verdad que fuisteis necias! ¿No sabíais que era preciso sacudir la mano? Por lo menos hubo una falta de negligencia, porque no estabais en el puesto que os señalaron la vigilancia y la delicadeza.

Ahí tenéis la conducta que hay que seguir respecto al hombre antiguo y su sensualidad, que nos atormentarán hasta lo último: el hombre antiguo carece de fe, y se cuida poco de nuestros buenos deseos, sólo procura gozar y, de concierto con el demonio, procura constantemente quitarnos algo, disfrutando lo que pueda.

Cuando de él nos escapamos, procura causarnos inquietudes, impulsarnos á volver sobre nosotros mismos para examinar la tentación é investigar su grado; pero tened cuidado, porque en esto hay una trampa. ¡Aunque ya os quemasteis antes un poco, volvéis á andar con la brasa! Esa es una manera con que, á pretexto de examen, se mancha la ima-

ginación, y es que siempre se siente alguna satisfacción en remirar los pecados de sensualidad, y hasta en humillarse á causa de ellos. ¡Mucho cuidado! Vais á llenaros la cabeza con la tentación que os perseguirá. Así, pues, lo mejor es que cortéis, despidáis y no tornéis á ella; no perdáis el tiempo: ¿qué necesidad tenéis de saber lo que era? ¿Os pesa de haberla rechazado tan pronto la primera vez sin gozar de ella? Pues con esto, cuando antes nada había, ahora ya hay algo. — No, no; no vayáis á internaros en las nieblas y pantanos de vuestras tentaciones con el pretexto de humillaros: ¡porque esta especie de humildad es diabólica! Subid al monte, iluminaos con el amor de nuestro Señor y ponedlo todo en manos de su misericordia. — Esa es la regla á propósito para evitar las tentaciones de sensualidad.

Sabéis ahora que el primer grado de pureza del amor consiste en no querer satisfacción alguna natural y sensual fuera de Dios, y el segundo en repartir con nuestro Señor toda satisfacción honrada y buena, lo cual es lo más perfecto.

Hay satisfacciones que cabe experimentar muy legítimamente en los dones de Dios, pero tienen su lado natural; mas si las partimos con nuestro Señor ofreciéndoselas, las purificamos y santificamos: esto pide la pureza del amor.

Recibís los cálidos rayos de un hermoso sol de primavera y admiráis aquella esplendente luz que os regocija; bueno es esto, y permitido, pero ofreced á Dios ese gusto diciéndole: «¡Qué bueno sois, Dios mío, que hacéis brillar para mí este hermosísimo sol!»

Veis en un jardín hermosas flores que os mues-

tran sus variadísimos colores, mezclados con tanto arte y primor, y que os mandan sus perfumes como una caricia de amistad; y aunque gozar de ese espectáculo y respirar esos perfumes no es un mal enteramente, pensad en vuestro Esposo y enseñadle aquellas flores, y al tiempo que le hacéis respirar sus perfumes, decidle: «¡Gracias, Dios mío, cuán bueno sois y qué sublime artista!»

Coméis una fruta y no podéis privaros de saborear su exquisita frescura; mas como es Dios quien allí la ha puesto para vosotras, bendecidle en seguida: «Por mis pecados merezco nada más que hiel y ajeno; pero como sois tan bueno, me regaláis estas dulzuras: gracias, Dios mío.»

Esta es la manera de que no gocéis naturalmente de los bienes naturales, y de que los disfrutéis en compañía de nuestro Señor.

Por el contrario, un hombre sensual pone su gusto en ver, absorbe los perfumes, paladea los sabores, y sin pensar siquiera en levantar sus ojos hacia el que se los ha dado, constitúyese en fin de ellos, y sensualmente los goza. También vosotras incurriais en esto si os parais demasiado á gustar de lo excelente de las cosas, pues un poco es cosa lícita, pero mucho es sensual; por lo cual es preciso estar constantemente más bien en Dios que en las cosas que nos da. Hay que gozar el bien de paso y dando gracias á Dios que nos permite estas satisfacciones inocentes para hacernos menos penoso el destierro de la vida.

Hay Santos de más austera mortificación que rechazan aun estas satisfacciones santificadas por su ofrecimiento á Dios; pero hay otros como San Francisco de Asís y San Francisco de Sales que gusta-

ban de los dones de Dios y de Dios en sus dones. Así también David daba gracias á Dios por todos sus beneficios en el hermoso cántico *Benedicite*. De todo cabe aprovecharse para ir á Dios y darle gracias, no viendo en todos sus dones sino una prueba siempre nueva de su bondad.

San Francisco de Asís padecía mucho de la vista, y como le rociasen con agua fresca para templar su dolor, aquel bondadoso Santo alababa en voz muy alta á Dios por haber dado al agua el poder de refrescar sus ardientes párpados.

En otra ocasión en que estaba enfermo, Dios inspiró á una buena persona el que preparase para el Santo un pescado que, según las noticias que ella tenía, le gustaba. Su primera idea fué no aceptarlo y privarse de él, como David al ofrecer á Dios las pocas gotas de agua que un soldado, con peligro de su vida, fué á buscarle; pero mudando de parecer, dijo: «No, que sería motivo de pena para nuestra buena hija.» Y dando gracias á Dios, lo comió.

De modo que el segundo grado de la pureza de amor consiste en no detenerse en las cosas, sino en hallar en ellas las alabanzas de Dios y en partirlas gustosamente con nuestro Señor.—Esto mismo habéis de practicar en las cosas espirituales. Si Dios, suma bondad, os mandase un ángel para consolaros y ayudaros y le despidierais diciendo: «Prefiero sufrir sola, no quiero más que ser crucificada», vuestra acción sería orgullo refinado, y no bien se habría marchado ese ángel, cuando ya le lloraríais, porque el demonio habría ocupado su puesto. Esto significa que si Dios por su bondad os concede el medio de recibir de alguien un buen consejo, de pedir alguna luz, lo consideréis como un auxilio de su

bondad; utilizadlo sencillamente y con alegría, y dad gracias á Dios; y luego, cuando ese mensajero de la gracia divina haya terminado su misión cerca de vosotras, dejadle marchar, sin por esto desesperaros, porque Dios os quedará. Cuando el arcángel Rafael acabó su misión junto al joven Tobías y su padre, desapareció repentinamente de la vista de ellos, que, en vez de desolarse, gemir y perder el tiempo en sentir su pérdida por las ventajas que su presencia les proporcionaba, cayeron de rodillas y durante tres horas estuvieron dando gracias á la bondad del Señor.

Os permito, pues, que toméis todo lo que Dios bondadoso os envíe, no para disfrutar de ello de una manera egoísta, erigiéndolo en fin vuestro, sino para encontrar allí algo de que hacer partícipe á nuestro Señor, y por lo cual alabéis su infinita bondad, que se complace en darnos lo que puede servirnos de auxilio ó sernos agradable.

Pero hay más todavía: un alma que ama mucho á Jesús Sacramentado y que le ha hecho entrega de su personalidad, ya no acierta á tener gozo alguno sin nuestro Señor, con el cual no sólo quiere compartir su cruz—como tan diestros somos en hacerlo para descargarnos de ella,—sino todas sus alegrías, pues no puede ser dichosa sin nuestro Señor. Hablo ahora de las alegrías del alma, de esos gozos que Dios vierte en el alma durante la oración, la Comunión y después de un sacrificio; hállase contenta y se apresura á decírselo á su Esposo, porque si no le diese parte, no sería una dicha para ella.

¡Oh! Menester es decirlo para nuestra confusión: esas alegrías nos parecen tan dulces y tan buenas que, como ciertas aves de rapiña, quisiéramos es-

conderlas en un rincón para gozar de ellas á solas. No, no; jamás disfrutéis solas; sin nuestro Señor no queráis favores divinos ni celestiales consuelos, ni como en vuestro centro os paréis en la bondad, belleza y dulzura de estas gracias, porque si en ellas reparáis como en fin vuestro, secáis el manantial de ellas: pues en vez de mirar al amor en su foco, en el Corazón de Jesús, detiénese uno en sus rayos y se pára la atención en los consuelos únicamente, sin fijarse en quién los envía, y entonces nuestro Señor cierra su mano y suspende sus gracias, en vista de que no se conducen respecto á él con suficiente delicadeza. Es necesario no querer gozar de Dios sin Dios, sino bendecir á Dios, ofrecerlo todo á nuestro Señor y verle á él con preferencia á todos los efectos que de su gracia se experimentan.

Últimamente, el tercer grado de la pureza del amor es la indiferencia en cuanto á los estados por que Dios quiera hacer que pasemos, ya de alegría, ya de desconsuelo, así como, en los casos en que uno es libre y le toca elegir, consiste aquél en una voluntad generosa que siempre toma lo más penoso, lo más mortificante, en razón á que el mismo Jesucristo procedió de esta manera.

¡Oh cómo agrada á Dios un alma cuando le dice: «Dios mío, sé que sois la misma bondad, y por lo tanto de igual modo recibiré los consuelos que las desolaciones; y supuesto que, procediendo de Vos, no es posible que la tribulación sea sino una gracia de bondad, la recibiré con hacimiento de gracias!» Esto se llama indiferencia completa, por la cual ni siquiera se repara en las cosas, pues todas vienen de Dios, Conviértese entonces la desolación en con-

suelo: «¿Esto queréis, Dios mío? ¿Esto os agrada?— ¡También á mí!—¿Esto no os gusta? ¿No lo queréis? ¡Oh, yo tampoco! ¡Así para mi cuerpo como para mi alma, tan sólo aquello que queráis: adonde queráis iré, donde me pongáis quedaré, de igual manera alegre y contento por todo!»

Por último, todavía hay algo mejor que esto, y es cuando el alma dice: «Sé, Dios mío, que lo que especialmente os agrada es la renuncia, el sacrificio, la inmoción en el orden natural y sobrenatural, y eso elijo. Vos no sentiréis que, teniendo ante mí el contento y el sacrificio, deje el primero y tome el segundo, lo cual hago en vista de que éste, por contener más amor, es más de vuestro agrado.» Jesús sacramentado ve complacido estas almas y las admira; pues como la ley no exige esto y es el amor quien lo realiza, Dios tiene á dicha el ver que lo hacéis.

Es menester que esto nazca de la espontaneidad de vuestro amor, puesto que Dios os deja libres, y hasta para dejar que elijáis se esconde, sin que signo alguno exterior os manifieste cuál es de dos cosas la que quiere. Entonces consulta uno á su corazón y se dice: «Nuestro Señor me ha demostrado su amor escogiendo siempre el sacrificio y el sufrimiento; voy á hacer lo mismo, quiero manifestar á Dios, suma bondad, que le amo más de lo que en rigor me pide: ¿qué tengo que temer, sino es á mí á quien busco, sino que lo que escojo es lo más humillante y mortificante?» Tal es el último término del amor.

Más para tener prudencia y discreción en todo lo que acabamos de decir, observad esta regla: cuando la infinita bondad de Dios os pone positivamente

en una gracia, no procuréis otra, permaneced en aquella tanto tiempo como su voluntad os indique, pues lo querido por Él es más perfecto para vosotros, aun cuando no fuese por sí mismo lo más perfecto; hacedlo de la mejor manera que podáis, y contentaos con seguir los atractivos de la gracia que por de pronto os concede: la perfección se halla en el estado que Dios muestra á cada cual como suyo propio.

Es cierto que lo sublime del amor consiste en adivinar en todo caso lo que más agrada á Dios, bondad infinita: consultad á su amor y seguid su inspiración siempre que no vayáis guiadas de una ley ó una gracia positivas; tal es la manera de que sin cesar caminéis en el amor, que es lo que conviene.

Pero nada de gustos, ningún contento fuera de Dios; así lo pide un buen sentido de justicia. En segundo lugar habré de enviarle por gratitud cualquier contentamiento que me permita; y, por último, con entera indiferencia entre la alegría y la prueba, y disponiendo de libertad en la elección, siempre elegiré por amor lo que Él escogió por mí, lo más trabajoso, lo más mortificante y depresivo: tales son los grados y las leyes de la pureza del amor.

